

Josafat y las amistades peligrosas

Introducción

La Palabra de Dios siempre nos reserva sorpresas. Quizás usted lee la Biblia desde hace muchos años y conoce la mayoría de sus historias. Quizás sepa los nombres de cada uno de los personajes y recuerde los episodios más famosos. ¿Qué interés puede presentar un libro que ya ha sido leído tantas veces, en un mundo que ha cambiado tanto?

Cada mañana, leemos con interés las noticias de los periódicos, pero poco después, quizá esa misma tarde, la información leída ha perdido vigencia. No es extraño que, hacia la noche, las páginas de ese periódico terminen arrugadas en algún rincón, si es que no son utilizadas para envolver la basura que se junta al fin del día en la casa.

Vivimos en un mundo vertiginoso. Los cambios se suceden a una velocidad extraordinaria. En pocos años, muchos de nosotros hemos visto progresos tecnológicos que la humanidad entera jamás había visto ni imaginado a lo largo de siglos de historia. Y quienes son jóvenes en la actualidad, seguramente verán cambios aún mayores. El ser humano ha conocido la cura a muchas enfermedades mortales, ha explorado el universo y ha conocido los secretos del átomo. ¿Acaso un libro como la Biblia tiene algo nuevo que decirnos?

En el año de la muerte del rey Uzías, en Israel, hubo un joven llamado Isaías, a quien Dios encargó una difícil misión. Isaías debía advertir a su pueblo y a los pueblos vecinos acerca de las consecuencias de apartarse del Dios vivo. Por cierto, su misión no fue fácil. Los seres humanos tenemos la tendencia a creer que podemos valernos por nosotros mismos, sin someternos a la voluntad de nuestro Creador.

En aquel entonces, el imperio asirio se había engrandecido, y sus éxitos lo llevaron a despreciar el poder de Dios. Los asirios prefirieron servir a sus ídolos de madera y de piedra. Muchos reyes de Israel, anteriores y posteriores al ministerio de Isaías, también se olvidaron de su Dios para seguir las costumbres de los pueblos vecinos.

El nombre de la mayoría de aquellos gobernantes hoy apenas se recuerda con dificultad en algún libro de historia especializado. Sin embargo, el mensaje que el Señor encargó a Isaías sigue vigente. ¿Ha encontrado el hombre el verdadero propósito a su vida? ¿Ha logrado convivir en paz? ¿Ha conseguido la tecnología construir un mundo más justo? ¿Siente el ser humano un bienestar interior que le permite vivir con alegría?

Los siglos han pasado, pero la humanidad sigue sin resolver sus principales problemas. Los interrogantes espirituales continúan siendo los mismos. El hombre aún necesita la luz del evangelio porque vive en oscuridad a plena luz del día.

Ante esta necesidad, la Biblia presenta un desafío a cada lector. Sus palabras terminaron de escribirse hace muchos siglos atrás y, sin embargo, su lectura sigue sorprendiéndonos. ¿Por qué? Porque nos revela a un Dios que hace maravillas.

En los capítulos de este libro usted encontrará el relato de distintas historias de hombres y mujeres que fueron sorprendidos por el obrar de Dios. Estos hombres y mujeres enfrentaron problemas similares a los suyos y a los míos: temores, enfermedades, peligros, pérdida de seres queridos y muchas otras adversidades. Y su testimonio no ha llegado hasta nosotros por casualidad, sino porque Dios quiere que conozcamos más acerca de su carácter y sus demandas.

Al inicio de cada capítulo, usted encontrará las citas bíblicas en las que se basa cada estudio. El propósito de estas citas es que usted lea previamente el texto bíblico. Al final de cada capítulo, encontrará una lista de temas afines que pueden ser útiles para la predicación o la meditación en grupos de estudio bíblico. Asimismo, encontrará preguntas que le servirán para la reflexión personal o grupal.

Nuestro Dios hace maravillas. El mundo ha cambiado y seguirá cambiando, pero nosotros podemos decir junto al profeta Isaías: *“La hierba se seca, y la flor se marchita; pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre” (Is 40:8)*.

Josafat y las amistades peligrosas

(1 Reyes 22) (2 Crónicas 18)

— ¡Viva el rey de Judá, viva el rey Josafat, viva!

Todos levantan las copas rebosantes del mejor vino de Israel.

— ¡Viva el rey de Israel! repite el rey de Judá.

Todos levantan sus copas y dicen:

— ¡Viva!

Todo empezó con una boda real. Tiempo atrás, el príncipe heredero de Judá se casó con la princesa del reino vecino de Israel. Hasta el momento, todo parece una novela romántica. Pero poco después, el rey Josafat hace una visita oficial a su suegro, el rey de Israel. Este rey, llamado Acab, ofrece una gran fiesta en honor de su yerno Josafat. Pero lo que Josafat no sabe es que el precio de aquella fiesta va a ser muy alto, y que será él quien tendrá que pagar la cuenta con creces. En medio de las festividades, el rey impío de Israel le hace una sugerencia al rey Josafat, y éste cae en una trampa que le va a poner en tremendas dificultades.

Me resulta fascinante ver cómo, a lo largo de esta historia, los acontecimientos se suceden en una forma casi imposible de detener. Un error conduce a otro, como si fuera una cascada de acontecimientos inevitables.

Los brindis vienen y van. El rey Acab está inusualmente simpático. Habitualmente no se muestra como una persona extrovertida, pero unas cuantas copas de vino han producido su efecto. Josafat, que normalmente no bebe, no ha tenido más remedio que acompañarlo en todos esos brindis reales. De pronto, el rey Acab se dirige a sus invitados y, de una manera espontánea, como si no se le hubiera ocurrido antes, dice:

— ¿No sabéis que Ramot de Galaad es nuestra, y nosotros no hemos hecho nada para tomarla de mano del rey de Siria?

Uno a uno, los presentes a la fiesta responden como si hubieran aprendido sus palabras de memoria:

— ¡Por supuesto, Majestad! ¡Ramot de Galad es nuestra!

El rey Acab dirige sus ojos penetrantes e inquisidores a Josafat, y le pregunta:

— ¿Irás conmigo a pelear contra Ramot de Galaad?

Todos los cortesanos dirigen sus miradas hacia el rey de Judá. Josafat ha sido tomado por sorpresa y en ese instante comprende que está en una situación comprometida. Pero en vez de retroceder, cede y dice:

— Yo soy como tú, y mi pueblo como tu pueblo y mis caballos como tus caballos.

De inmediato, Josafat se da cuenta que ha cometido un error. Su conciencia lo ha tocado; sabe que esas palabras que ha pronunciado no son ciertas. Él era un hombre temeroso de Dios. Acab, en cambio, era un impío. El pueblo de Judá, aunque imperfecto, había tenido avivamientos y muchos buscaban al Señor. La mayor parte del pueblo de Israel se había dado a la idolatría y muy pocos buscaban al Señor. Contrariamente a lo que Josafat acababa de declarar, ambos pueblos eran diferentes. Quizá lo único que eran iguales eran sus caballos, pero cuando lo único que comparten dos personas son este tipo de cosas, no pueden esperar que su relación les vaya a ir bien (**2 Co 6:15**). Sin embargo, tras aquella declaración de Josafat, se escuchó un gran aplauso.

— ¡Viva el rey Josafat, viva el rey!

Josafat teme haber caído en una trampa, y ahora, que ya se ha comprometido, pide la dirección de Jehová. ¡Qué fácil es tratar de ser religiosos y buscar la dirección de Dios cuando ya hemos decidido seguir un cierto curso!

Josafat, quizá un poco arrepentido de sus palabras, agrega:

— ¿No hay aquí algún profeta del SEÑOR, para que consultemos por medio de él?

— ¡Por supuesto! — responde Acab — ¡Faltaba más! Aquí tenemos nada menos que cuatrocientos profetas.

Suponiendo que pudieran ser llamados, Acab ya tenía a todos sus profetas preparados para responder a Josafat.

Convocados de inmediato son traídos ante el trono improvisado para ambos reyes. Algunos tienen aspecto de religiosos. Otros son maduros, pero la mayoría parecen ser bastante jóvenes. Acab organiza a los cuatrocientos profetas en veinte hileras de veinte profetas cada una. El espectáculo es realmente muy interesante. Probablemente Josafat nunca había visto tantos profetas “de Jehová” en su vida y, menos aún, reunidos de esa manera. Los “profetas” allí parados parecían haber salido de una fábrica embotelladora. Entonces Acab se pone en pie y dice con voz fuerte:

— ¿Iré a la guerra contra Ramot de Galaad o la dejaré?

Los profetas responden al unísono, como si fuera el coro de los niños cantores de Viena:

— Sube, porque Jehová la entregará en mano del rey.

Todos repiten la frase como si la hubieran aprendido de memoria. Quizás así fue. Josafat los escucha hablar de Jehová, pero hay algo que no le convence. Los profetas de Acab no tienen el aspecto de los profetas de Jehová que él conoce.

— ¿Qué haré? — se pregunta a sí mismo Josafat, al darse cuenta del embrollo en que se ha metido. Su corazón le dice que hay algo mal en este coro en que todos están de acuerdo en que el éxito va a ser perfecto.

— Perdone, su alteza, dice Josafat, realmente aprecio la opinión de sus cuatrocientos profetas. Pero, para estar absolutamente seguros, ¿no hay aún aquí algún profeta de Jehová, por el cual consultemos?

El rey Acab responde:

— Aún hay un varón por el cual podríamos consultar a Jehová, Micaías hijo de Imla, mas yo le aborrezco, porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal.

Y luego de una pausa, agrega:

— A mí me agrada la gente positiva, dice Acab, me gusta la gente que mira hacia el futuro en forma optimista. Pero no se preocupe, de todas maneras vamos a llamar a Micaías.

Entretanto, Acab hace una seña y aparece Sedequías. Este hombre es el principal de los falsos profetas del rey Acab. Está disfrazado de “hombre toro”. Se ha puesto dos cuernos de hierro y hace algunas maniobras caricaturescas imitando a los toros en las corridas. Un fuerte aplauso se escucha desde las gradas.

— ¡Otra, otra! — grita el público presente.

Sedequías, el profeta del optimismo, hace otras piruetas mostrando sus habilidades teatrales. Es probable que para hacer que su drama fuera más obvio, tuviera la ayuda de algún voluntario que representara al rey asirio. Cada vez que Sedequías lo embestía, el falso rey asirio se tomaba su trasero con las dos manos, tal como lo haría un payaso.

El entusiasmo general era enorme. Había aplausos, vivas y algún que otro aleluya. Mientras tanto, el oficial va en busca del profeta Micaías.

— Por favor, señor profeta, sea “positivo” como los otros profetas. Diga lo mismo que los otros, así el rey se queda contento y le retribuirá con un lindo obsequio.

Micaías mira al sirviente con tristeza. Piensa cómo es posible que sea tan atrevido como para indicarle al profeta de Dios lo que tenía que decir. Micaías responde y dice:

— ¡Vive Jehová que lo que Jehová me ha hablado eso diré!

Al entrar Micaías, el rey Acab le hace la misma pregunta:

— ¿Iremos a pelear contra Ramot de Galaad, o desistiremos?

Se hace un silencio. El hombre de Dios responde:

— Sube y serás prosperado, y Jehová la entregará en manos del rey.

Ahora el silencio es sepulcral. Micaías ha dicho lo que todos querían escuchar. Las palabras son exactamente iguales que las que los falsos profetas pronunciaron. Pero la diferencia estaba en el tono de su voz. No era el tono de aquel que dice algo con certidumbre, sino de quien habla con ironía. El rey se encoleriza. Su voz se hace fuerte y áspera:

— ¿Cuántas veces tengo que hacerte jurar que no me digas sino la verdad en el nombre del Señor?

Entonces Micaías cambia la inflexión de su voz. Ahora no se escucha ese tono de sorna, sino de seriedad y autoridad.

— He visto a todo Israel dispersado por los montes como ovejas que no tienen pastor, y Jehová dijo: Estos no tienen señor; vuélvase cada uno a su casa.

Micaías ha sido fiel a su Señor.

En los versos siguientes explica la visión que ha recibido. Ha tenido una revelación en la que vio a Jehová sentado en su trono y todo el ejército de los cielos junto a él, a su derecha y a su izquierda.

La explicación del hecho que los cuatrocientos profetas están todos de acuerdo y sin embargo todos equivocados está en **(1 R 18:23)**: “Jehová ha puesto espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas y Jehová ha decretado el mal acerca de ti”.

Micaías ha terminado su profecía.

Sedequías, el caudillo de los “Optimistas sin fundamento”, se le acerca y le golpea en la mejilla. El impacto del tremendo bofetón le hace girar la cabeza (**Mt 26:67**). Indignado, el falso profeta pregunta:

— ¿Por dónde se fue de mí el Espíritu de Jehová para hablarte a ti?

¿Creía acaso Sedequías que él tenía el Espíritu de Dios? Si así no lo fuera, no sería más que otro de los que creen que pertenecen al Señor y no lo son (**Mt 7:22-23**).

Entonces el rey de Israel ordena:

— Toma a Micaías y llévalo a Amón gobernador de la ciudad y dirás: “Así ha dicho el rey, echad a éste en la cárcel y mantenedle con pan de angustia y con agua de aflicción hasta que yo vuelva en paz”.

Josafat se ha mantenido impasible al ver al siervo de Dios cómo era golpeado. Y ahora, al ser encarcelado injustamente, sigue sin decir nada.

Esa noche, a Josafat le cuesta dormir. Su conciencia le está remordiéndole. ¿Por qué no defendió al profeta de Dios? ¿Por qué no dijo nada cuando fue golpeado? ¿Y si Micaías estuviera en lo cierto? Pero trata de convencerse a sí mismo con la idea de que hay otros cuatrocientos profetas que dicen que la victoria está asegurada.

Sin embargo, no puede olvidar el espectáculo de los soldados arrastrando con crueldad al profeta. El silencio del varón de Dios le inquieta la conciencia.

Una y otra vez Josafat se pregunta y dice: ¿Por qué vine a ver a Acab? ¿Por qué me comprometí a ir a la batalla? ¿Por qué me callé y no defendí al varón de Dios?

Unos meses después, Josafat vuelve con su ejército. La duda le sigue persiguiendo. ¿Y si Micaías estaba en lo cierto? El día señalado los dos reyes con sus ejércitos se dirigen al campo de batalla.

Micaías está allí en la cárcel. Pan y agua es su alimento. Su calabozo es oscuro e insano. El lo soporta con paciencia porque sabe que el ser fiel al Señor a veces trae sufrimiento y dificultades. Sedequías mientras tanto, le saca lustre a los cuernos de hierro para lucirlos nuevamente en los festejos de la esperada victoria.

Cuando los ejércitos ya están prontos para entrar en batalla, Acab tiene una idea:

— Hermano Josafat — le dice — para estar bien seguros de que no me pase nada en el caso muy improbable que esta profecía de Micaías sea verdad, me voy a disfrazar de soldado raso.

— ¡Me parece muy bien! — dice Josafat — de esa manera nadie lo va a reconocer.

— También voy a ponerme esa armadura impenetrable que compré el año pasado. Me aseguran que es absolutamente a prueba de toda clase de flechas y aun de lanzas. Me costó mucho oro pero vale la pena.

— Bueno, — dice Josafat — si usted se va a disfrazar, yo también tendría que hacer lo mismo. No es que tenga miedo, pero lo haría por razones de “seguridad de estado”.

— ¡De ninguna manera! — responde Acab — usted tiene que permanecer con sus ropas reales para que sus tropas se animen. Usted tiene que ser un ejemplo de valentía y no usar ninguna armadura.

Dándose media vuelta, Acab se restregó las manos diciendo para sus adentros: Así no solamente preservaré mi vida, sino que, si algo le llega a pasar al bueno de Josafat, mi hija será reina en Judá.

Josafat no sabe qué hacer. Allí están los capitanes de los dos ejércitos. El no quiere aparentar que tiene miedo. Pero se da cuenta que ha caído en una trampa que le ha tendido su propio suegro. Los dos reyes se separan y entran al campo de batalla. El rey de Siria ha dado la orden de concentrar la lucha contra el rey de Israel.

Al comenzar las acciones, Josafat se da cuenta del tremendo error cometido. Parecía que todos los carros de guerra convergían hacia él. Su custodia personal apenas puede impedir que el enemigo se acerque peligrosamente.

— ¡Corre a la derecha! — le grita al que conduce el carro.

El enemigo se le estaba acercando cada vez más.

— ¡Dobla a la izquierda! — le dice al darse cuenta de que más tropas enemigas vienen por el otro lado. Josafat está desesperado.

— ¡Da media vuelta y huyamos! — grita desesperado al ver cada vez más cerca los rostros feroces de los soldados enemigos.

A distancia desde una colina, Acab observa la escena y se ríe para sí:

— ¡Qué buena idea tuve al haberme disfrazado! Este pobre Josafat es un tonto, se quedó con sus vestiduras reales y su carro se destaca en el campo. Se le reconoce fácilmente a la distancia.

Mientras tanto Josafat ya no puede escapar. Acab se ríe cada vez más.

— ¡Ja, ja — dice Acab — vaya de la que me libré!

El rey de Judá está completamente rodeado “pero Josafat clamó, y Jehová lo ayudó, y los apartó de él” (2 Cr 18:31).

Creo que Josafat debe de haber gritado algo así:

— ¡Yo no soy el que ustedes creen que soy! ¡Yo no soy el rey de Israel! Y sucedió que al ver los jefes de los carros que no era el rey de Israel, se apartaron de él.

Allí a lo lejos Acab todavía se jactaba del éxito de su estratagema.

— Con estas ropas comunes y con este carro sin escudos y emblemas nadie sabe quién soy. Aparte de esto tengo esta armadura a prueba de todo.

A cierta distancia un arquero enemigo prepara su arco. Siente el impulso irresistible de tirar una saeta al espacio. Con toda la fuerza de sus robustos brazos prepara el arco y cuando está tenso al máximo suelta la cuerda. Lo que este soldado no sabe es que Dios va a dirigir esa flecha; que esa saeta que tira al azar lleva un propósito de juicio inexorable.

Muchas veces me he imaginado esa flecha. Comienza a subir, se pierde de vista y luego comienza a bajar. Parecería como si tuviera voluntad propia. Empieza a descender, y de pronto, en la mitad de la caída, se endereza y adopta un ángulo oblicuo. Se comporta, como diríamos en nuestros días, como un misil dirigido por un sistema de radar, rayos láser y sofisticada computerización.

La risa burlona de Acab se interrumpe. Una tremenda mueca aparece en su rostro.

— ¿Qué sucede, mi rey? — dice el cochero.

— ¡Estoy herido! — exclama el rey.

— ¡No puede ser! No hay soldados enemigos por aquí. Todos están bastante lejos.

— ¡Estoy herido repite el rey!

Acab comprende que su carro de guerra no puede salir del campo de batalla porque “arreció la batalla aquel día” (**2 Cr 18:34**). Al principio el rey se mantiene en pie, y trata de animar a sus tropas. Está rodeado por todas partes. Trata de parar la hemorragia y no puede. Lentamente el chorro de sangre va cubriendo el piso del carro de guerra. Ahora el rey ya no puede sostenerse en pie. Intenta mantenerse sentado y erguido, tratando de demostrar que todavía controla la situación.

El sol comienza a descender sobre el sangriento horizonte. La voz de Acab se va atenuando hasta que un golpe estremece el carro. El rey con su coraza ha caído al suelo enrojecido de ese carro de donde jamás se va a levantar.

“Y murió al ponerse el sol”. El disfraz no le sirvió, la coraza no le protegió y la profecía se cumplió al pie de la letra. “Y lavaron el carro en el estanque de Samaria; y los perros lamieron su sangre, conforme a la palabra que Jehová había hablado”.

Los términos son muy serios. El rey que “se había vendido a hacer lo malo” y que había derramado la sangre inocente del creyente Nabot (**1 R 21:20**) había sido juzgado (**Ga 6:7**).

Esa noche, luego de la batalla, Josafat no puede dormir. Vienen a su mente las imágenes de la boda real, de la fiesta que le hizo Acab, de los cuatrocientos sacerdotes optimistas pero equivocados. Piensa en el “pobre” Micaías siendo arrastrado en forma brutal a la cárcel por ser fiel a Dios. No puede olvidarse de las escenas de muerte en el campo de batalla. Recuerda los carros y los capitanes apuntando sus flechas y lanzas hacia él. A veces se toca para darse cuenta que realmente está vivo. Estuvo tan cerca de la muerte que no puede creer que se salvó.

Josafat sabe que Dios no está contento con lo que él ha hecho. El Señor, en su misericordia, le escuchó y le salvó, pero las cuentas no están todavía arregladas. Antes de llegar a Jerusalén le sale al encuentro el vidente Jehú quien le da un mensaje de parte del Señor:

— ¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová? (**2 Co 6:14**).

Josafat ha aprendido mucho con esta experiencia. Sabe que el SEÑOR es misericordioso y oye la oración del creyente. Suponemos que Micaías recobra su libertad.

Dios hace maravillas a pesar de los errores de Josafat

El primer hecho sobrenatural que podemos mencionar es el cumplimiento exacto de la profecía de Micaías: el rey muere en la batalla y el pueblo se dispersa.

El segundo, es la visión del Señor en su trono. Notamos que aquí no se hace referencia en cuanto a las características del trono, aunque sí se menciona que todos los ejércitos de los cielos estaban a su derecha y a su izquierda. La pregunta que Jehová formula es: “¿Quién inducirá a Acab para que suba y caiga en Ramot de Galaad?”. La idea de que alguien induciría al rey es una figura del lenguaje e ilustra a una corte oriental. Por cierto, Dios no necesita preguntarle a sus súbditos qué es lo mejor que él debe hacer.

Jamieson dice: “De la misma manera que los príncipes terrenales no hacen nada sin obtener el parecer de sus consejeros, Dios está representado como consultando en cuanto al destino de Acab. Este lenguaje profético no debe ser interpretado literalmente, y el mandato debe ser visto como solamente un permiso para el espíritu mentiroso (**Ro 11:34**)” (Jamieson, Fausset / Brown. Comentario pag. 268 Zondervan).

La frase “ve pues y hazlo así” (**2 Cr 18:21**) se puede interpretar de la siguiente manera: “Yo no voy a impedir que tú los tientes, ni le voy a dar la gracia para que puedan resistir la tentación, por lo tanto, puedes estar seguro de tú éxito” (Mathew Poole Vol 1 pag 713. Hendrickson).

Micaías va desde una visión del trono de Dios a una mazmorra inmundada. Pero él sabe que vale la pena ser fiel al SEÑOR.

En tercer hecho extraordinario es la salvación de Josafat. No se nos dan detalles, pero se nos dice claramente que Jehová lo ayudó. Ignoramos en qué forma especial lo hizo. Sabemos que los capitanes enemigos pudieron reconocer que Josafat no era el enemigo que ellos estaban buscando.

El cuarto hecho es la flecha dirigida que llega a su blanco. Las posibilidades de que un dardo pudiera penetrar la armadura del rey Acab era mínima. De la misma manera que la piedra de la honda de David halló su “blanco” y el yelmo de Goliat no sirvió (**1 S 17:50**), así sucedió con esta saeta. Durante la guerra del Golfo Pérsico vimos fotografías en las que misiles dirigidos por sistemas de radar y rayos láser podían entrar con toda precisión por la ventana de un edificio. Aquí la flecha encuentra su objetivo por un intersticio en la armadura. Dios no necesita cien arqueros para lograr sus propósitos: hizo falta uno solo para lograr su objetivo.

En quinto lugar, hay un hecho extraordinario que tiene que ver con la limpieza del carro de Acab después de su muerte. Esta parte de la profecía es muy gráfica y la leemos con temor reverencial. La sentencia de que en el mismo lugar en el que se derramó la sangre del justo Nabot iba a ser derramada la sangre del injusto Acab, se cumple fielmente (**1 R 21:19**). El relato que muestra a los perros lamiendo la sangre del rey presenta una imagen cruenta y solemne acerca de un Dios que, en su infinita justicia, ha decidido vengar la muerte de su fiel siervo Nabot.

El texto que leemos en (**2 Cr 18:22**) no es fácil de entender: “Jehová ha puesto espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas”. Por supuesto que el Señor no crea el mal. El concepto aquí es que el Señor ha permitido que esos profetas profetizaran de acuerdo a sus propios deseos malvados. “Dios puso espíritu de mentira” es una manera de decir que no estorbó que esto sucediera. Algo similar va a suceder en relación con el anticristo tal como leemos en (**2 Ts 2:11-12**): “Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia”.

Dios, en su misericordia, salvó al Rey de Judá de sus enemigos. Josafat hubiera evitado este desastre y el peligro de muerte si no se hubiera unido al “círculo de Acab” a través del casamiento de su hija, la visita a su reino o el compromiso con una guerra que no le correspondía. Tampoco consultó a Dios en tal aventura bélica. El creyente que se aparta de la comunión con el Señor y de los hermanos, muchas veces lo hace de una manera progresiva, descendiendo por pequeños escalones. Josafat no se dio cuenta hasta el fin de cómo un paso lo llevó a otro y así estuvo muy cerca de la catástrofe.

Con frecuencia, nosotros hacemos muchas veces lo mismo. Nos metemos en peligros y en situaciones desesperadas y luego clamamos a Dios. El Señor en su gracia nos salva si acudimos a él arrepentidos, pero a veces quedan cicatrices muy profundas.

Algunos temas para la predicación y el estudio en grupos

- Las consecuencias de establecer relaciones peligrosas.
- Las consecuencias de las decisiones apresuradas.
- Micaías como ejemplo del creyente que sufre por causa de su fidelidad al Señor.
- Discutir el ciclo de las decisiones equivocadas de Josafat: casamiento, fiesta, compromiso, un gran proyecto militar sin la bendición del Señor.
- El juicio inexorable de Dios sobre Acab y sobre todos los impíos.
- La misericordia de Dios hacia Josafat.

Preguntas

- I. ¿Qué situaciones específicas puede recordar en las que otras personas lo comprometieron a hacer algo que usted sentía que no era la voluntad de Dios? ¿Qué consecuencias acarrearán esas situaciones?
- II. ¿Pueden cuatrocientos estar equivocados y uno en lo recto?
- I. ¿Qué tendría que haber dicho Josafat cuando Acab lo invitó a ir a la guerra con él?
- II. ¿Qué aprendemos en cuanto a los disfraces?